

## **Pensar a través de la ciudad: *La trabajadora* de Elvira Navarro y *Lectura fácil* de Cristina Morales**

Thinking through the city:  
*La trabajadora* by Elvira Navarro  
and *Lectura fácil* by Cristina Morales

Magda Potok

Uniwersytet im. Adama Mickiewicza w Poznaniu (Polonia)

mpotok@amu.edu.pl

ORCID: 0000-0003-2211-938X

### **Abstract**

In so-called “crisis novels” that appeared in Spain following the economic collapse of 2008, the city comes to represent not only the scene of the explicit dramatic situations of the characters (poverty, precarity, unemployment, evictions, homelessness, occupy movement, street protests, or gaps in social services) but also the imagery of decay and conflict. The city comes across as an uncomfortable space, characterised by inhospitable peripheries and abandoned constructions, which is consonant with the sense of helplessness and extreme loneliness of the protagonists. However, in contrast to the paralysis and the nervous breakdown evident in *La trabajadora* (2014) by Elvira Navarro (alienating perspective), Cristina Morales’s *Lectura fácil* (2018) represents the urban space as a battlefield that leads to the awareness-raising and the politicization of the experience of a crisis (revolutionary perspective).

Both novels, focused on “the right to housing”, come to reveal a great deal of indignation and protest against the neo-liberal policies and the contemporary capitalist city, responsible for exclusion and inequality. Their demands coincide with the political proposal of “the right to the city” (Lefebvre, 1968; Harvey 2013), which raises the possibility of living a worthy life in the city, with an equitable distribution of resources and respect for different sensitivities.

**Keywords:** contemporary Spanish fiction, women’s literature, politics & literature, crisis fiction, Cristina Morales, Elvira Navarro

## 1. NARRAR LA CIUDAD

A raíz del desplome económico del 2008, han surgido en España numerosos textos literarios que expresan una voz discordante y una denuncia contra las estructuras sociales y económicas vigentes. Entre las principales lacras sociales se han señalado: la precarización del mercado laboral, las crecientes desigualdades, el empobrecimiento de las clases medias, la discriminación o la exclusión económica de una parte de la ciudadanía por su condición de inmigrantes, pobres, desempleados, etc. Se constató asimismo la inoperatividad de las instituciones públicas y la desaparición definitiva del Estado del Bienestar. Obviamente, España estaba atravesando una profunda crisis o, más bien, múltiples crisis, incluida la más aguda de ellas que es, según Zygmunt Bauman, la “crisis de la agencia” (Bauman, Bordoni, 2014, p. 130). Para el sociólogo polaco, en este mundo posterior al colapso de la credibilidad y al fin de la certeza

Nos encontramos sumidos en la ignorancia (ni tan siquiera nos imaginamos qué va a ocurrir) y la impotencia (no tenemos modo alguno de impedir que ocurra). Las viejas (y presuntamente acreditadas) maneras de enfrentarse a los retos y desafíos vitales ya no funcionan, y de las nuevas y eficaces vías que tendrían que sustituirlas o bien no tenemos aún noticia o bien resultan todavía atrozmente insuficientes (Bauman, Bordoni, 2014, p. 38-39).

En el centro de las susodichas dinámicas, varios escritores han situado la ciudad, concebida como un espacio-tiempo social y también como un modo de vivir o un modo de pensar, y con ello un espacio de debate. Las representaciones literarias de la realidad urbana dan cuenta de las transformaciones producidas (en su gran mayoría, negativas) y de los modos actuales de “practicar la ciudad” por los individuos (o colectivos) que viven en ella, y la imaginan como un proyecto distinto, más acorde a sus deseos. Sobresale en estas narraciones la reivindicación de la ciudad por parte de sus habitantes, es decir, una voluntad de arrebatarla a la lógica neoliberal, que lo transforma todo en mercancía y tiene un efecto alienador. Los autores incorporan al discurso literario la temática de la degradación urbana y del deterioro de los espacios y de los edificios, así como las experiencias de precariedad, marginalidad y alienación. No cabe duda de que las promesas de la ciudad, especialmente de la gran ciudad, según sentencia el urbanista Jordi Borja, no se han cumplido:

Algunos derechos conquistados se han perdido, otros no son lo que eran. La vivienda no es del que la compré, ahora es de los bancos o la amenaza de desahucio acecha. Los barrios populares que fueron rehabilitados y renovados ya no son para sus antiguos ocupantes, no hace falta expulsarlos por la fuerza, lo hace el mercado. Y los que no fueron mejorados o están fuera del perímetro de calidad se degradan aceleradamente (Borja, 2019, p. 53).

Nuestra intención en este estudio consiste en observar cómo se desarrollan los relatos en la realidad urbana en crisis. Las ciudades, los cuerpos y las ideas parecen

ensamblados en un espacio-tiempo social que orienta sus circunstancias problemáticas hacia el discurso literario. La “ciudad narrada” viene a representar no solo el escenario directo de los dramas de los personajes (pobreza, precariedad, desempleo, desahucios, personas sin hogar, movimiento okupa, protestas callejeras, deficiencias en los servicios sociales), sino también el imaginario de la descomposición y del conflicto. Para ilustrar los desafíos que supone esta temática, hemos elegido dos novelas publicadas en los últimos años, ambientadas, respectivamente, en Madrid y Barcelona: *La trabajadora* de Elvira Navarro (2014) y *Lectura fácil* de Cristina Morales (2018). Ambas cuentan las historias íntimas de unas mujeres que viven la realidad urbana en condiciones de desamparo y profunda vulnerabilidad.

*La trabajadora* ilustra la vida de dos mujeres, Elisa y Susana, que por su precaria situación laboral, deben compartir un modesto piso en Aluche, en la periferia de Madrid. Ambas protagonistas sufren los efectos de la inestabilidad (económica y emocional), experimentando estados de depresión al borde del colapso nervioso. En la representación de su condición vulnerable, la ciudad – Madrid – desempeña un papel clave. Durante sus largos paseos por la periferia de la ciudad, Elisa contempla los barrios devastados por la expansión capitalista y sus prácticas predatorias (*acumulación por desposesión*, según diría Harvey, 2013), que agravan su sentimiento de desprotección, de soledad y de miedo. A su vez, Susana reconfigura la imagen de la ciudad, elaborando mapas imaginarios con pequeños recortes de revistas que distorsionan las distancias y la ubicación de los edificios.

En *Lectura fácil*, cuatro mujeres con distintos grados de discapacidad intelectual, comparten un piso tutelado en Barcelona. La capital catalana, contrariamente a su imagen mediática de metrópoli progresista comprometida con la mejora y la prosperidad de sus habitantes, representa el poder institucional, que oprime a las protagonistas a través de reglamentos, juzgados y, directamente, trabajadores sociales. En el ejemplo de la demanda de esterilización de una de las mujeres, presentada por la Generalitat, observamos cómo las relaciones de fuerza se implantan en las políticas públicas, en tanto que mecanismos de control y sometimiento de los propios cuerpos. Por otro lado, Barcelona, ciudad que vio nacer los movimientos sociales *V de Vivienda* y *Plataforma de Afectados por la Hipoteca*, vuelve a presenciar en la novela actos de okupación, boicot a los desahucios y reuniones de asambleas anarquistas.

En ambas novelas de estas jóvenes escritoras (36 y 33 años, respectivamente), ni Madrid ni Barcelona recuerdan en absoluto las ciudades que encontramos en los folletos turísticos. El Mediterráneo de la capital catalana solo se menciona en el contexto de su contaminación. El supuesto atractivo de la ciudad se presenta en clave irónica<sup>1</sup> y la figura del turista es reproducida en tono de burla y desprecio, como “periodista-guirimierda-hipster”, que acumula en su teléfono una selección obligatoria de fotos de atardeceres soleados, “de escorzos de la Sagrada Familia, de la estatua de Colón,

---

<sup>1</sup> “qué bonita era Barcelona y cuántas oportunidades ofrecía” (Morales, 2018, pos. 3675), responde siempre Nati, una de las protagonistas, a los trabajadores sociales cuando la interrogan.

de las butifarras del mercado de la Boquería, del lagarto de Gaudí y así trescientas imágenes” (Morales, 2018, pos. 259-267<sup>2</sup>). Por el contrario, la imagen de Madrid evocada por Elisa equivale al “desbarajuste” que le genera lo que ve desde su ventana: “la ciudad de crecimiento descontrolado, voraz, exorbitante, pobre” (Navarro, 2014, pos. 1262). En *Lectura fácil*, las alusiones a los efectos desastrosos de la política urbana (neoliberal) se hacen patentes en las disputas violentas que se producen en la asamblea anarquista cuyos miembros discuten sobre el supuesto privilegio de vivir en el centro de Barcelona:

¡Y una mierda, Coruña, y una mierda que podemos decidir dónde vivir! ¡Pero si están expulsando de esta ciudad a cientos de vecinas cada día por la subida de los alquileres para que solo los puedan pagar los turistas! ¡Pero si a la vez que nos suben el alquiler nos bajan los sueldos, agilizan los trámites para desahuciarlos con el desahucio exprés y endurecen las medidas represoras contra las okupaciones y las manifestaciones! ¿De qué privilegios me hablas, tío? (Morales, 2018, pos. 4683-4687).

La insistencia de la narrativa actual en las imágenes del desastre provocado por la lógica capitalista se inscribe en la sociología urbana y su consigna del *derecho a la ciudad*, propuesta por Henri Lefebvre a finales de los años sesenta en su influyente ensayo *Le droit a la ville* (1968). El texto de Lefebvre, convertido en un referente de las teorías urbanas, centró su atención en la ciudad capitalista como máquina que produce exclusión y desigualdad. El *derecho a la ciudad*, según explica el gran continuador del pensamiento de Lefebvre, David Harvey, había de entenderse al mismo tiempo como una queja y una reivindicación: la queja respondía al dolor existencial de una crisis agónica producida por la vida cotidiana en la ciudad y la reivindicación era una exigencia de mirar de frente aquella crisis y crear una vida urbana alternativa menos alienada (Harvey, 2013, p. 6).

Harvey nos hace observar que la idea del *derecho a la ciudad* ha experimentado cierto resurgimiento a principios del siglo XXI, debido al poder y la importancia de los movimientos sociales urbanos, en particular los relacionados con el derecho a la vivienda. Este resurgimiento – sigo a Harvey – tiene que ver con que mucha gente está buscando algún tipo de respuesta a un capitalismo brutalmente neoliberalizador que ha venido intensificando su asalto a las cualidades de la vida cotidiana desde principios de la década de los noventa (Harvey, 2013, p. 8-9). Efectivamente, entre los derechos que abarcan el concepto del *derecho a la ciudad*, el más apremiante parece el derecho a la vivienda, sistemáticamente vulnerado. Fue el asunto primordial en la agenda de la entonces activista urbana, Ada Colau, en los años posteriores al colapso del 2008. En un libro publicado en 2012 junto a Adriá Alemany, *Vidas hipotecadas*, Colau (que reaparecerá como personaje negativo en *Lectura fácil*) examina a fondo el

---

<sup>2</sup> En el caso de las novelas consultadas en formato electrónico (e-book), indico la posición de la cita en el texto, y no el número de página.

problema de la mercantilización de la vivienda (y, por extensión, de las ciudades) en el Estado español, recordando que, según la Constitución española, todos los ciudadanos tienen derecho a una vivienda digna y adecuada, y que la finalidad de la organización Plataforma de Afectados por la Hipoteca – de la que fue fundadora en 2009 – era regular la vivienda como un bien de uso y no de inversión (Colau & Alemany, 2012, p. 23-32, 171).

Ahora bien, la posición de Harvey (2013), que parece resonar en la narrativa española de la crisis, insta a que se enfoque el *derecho a la ciudad* desde una perspectiva revolucionaria, no solo reformista. Desde la óptica de Harvey, el *derecho a la ciudad* es mucho más que un derecho de acceso a sus recursos: “es un derecho a cambiar y reinventar la ciudad de acuerdo con nuestros deseos” (Harvey, 2013, p. 20). Así las cosas, el *derecho a la ciudad* tiene un doble potencial: además de constituir una base teórica para elaborar estrategias transformadoras de las sociedades urbanas, es una clave interpretativa crítica de la ciudad (Borja, 2019, p. 28), que puede resultar operativa tanto en la sociología urbana como en los estudios literarios. La representación literaria del espacio urbano tiene un gran potencial simbólico y, también, político.

## 2. NO HAY CIUDAD EN LA CIUDAD

La novela de Elvira Navarro se centra en la percepción de la ciudad durante los paseos que Elisa realiza por los barrios periféricos, adonde tuvo que mudarse del centro de Madrid. La periferia se presenta como un espacio inhóspito y desolador: “el océano de edificios de ladrillo rojo” colinda con solares en desuso “en cuyos mazzacotes de tierra crecen jaramagos” (Navarro, 2014, pos. 504-505). Son auténticos páramos urbanos no transitados más que por vagabundos, donde Elisa, sin embargo, encuentra un extraño atractivo.

Durante un mes estuve llegando a Eugenia de Montijo, a un parque desde el que podía observar cómo echaban abajo la antigua cárcel, ante cuyas piedras me quedaba un buen rato, pues aquella desolación me resultaba consoladora. Luego volvía en metro a mi casa, o andando. Cuando se acentuó mi necesidad de huida, empecé a subirme a autobuses. No iba muy lejos, entre otras cosas porque el servicio normal terminaba a las once y media, sin embargo, era suficiente para empezar a componer una especie de itinerario mental que funcionaba como una evasión muy efectiva (Navarro, 2014, pos. 532-536).

Los suburbios funcionan aquí como un espacio dotado de una importante carga simbólica, que no solo apunta a los procesos de deterioro urbano, sino también a la creciente inestabilidad emocional de la protagonista. Las excursiones nocturnas de Elisa tienen una dimensión afectiva, de angustia y desamparo. La novela viene a perfilarse como una alegoría de los miedos sociales.

La figura amenazante que Elisa evoca en su narración remite a “los del camión”, un grupo de niños gitanos que recogen cartones en las afueras de la ciudad, gritando y silbando a las mujeres. Su denominación enigmática (“los del camión”) y su imagen confusa (“eran apenas sombras”) aumentan la inquietud y el nerviosismo de la protagonista. Por un lado, es un miedo concreto a ser insultada o agredida; por otro, es una vaga sensación de malestar, que Elisa no logra controlar. Las perturbaciones mentales se intensifican: la mujer experimenta ataques de ansiedad, parálisis del cuerpo, alucinaciones en las que ve y oye cosas imaginadas:

Vagué un rato distraída por la colonia, en verdad inmensa, mirando las luces de las ventanas, que se proyectaban sobre el suelo de arena; a partir de cierto momento me sentí vigilada no desde los pisos de los que salía luz, sino desde los que permanecían en penumbra [...]. Eché de nuevo a correr (Navarro, 2014, pos. 918-922).

Los miedos incontrolados de Elisa son resultado de su situación precaria: la inestabilidad laboral y la falta de recursos económicos. Sin embargo, los ataques de pánico que experimenta, se producen en el espacio urbano, cuando camina por la calle, viaja en autobús u observa los escombros de una antigua cárcel. El factor desencadenante de la crisis se produce en el tejido urbano, en una misteriosa correspondencia entre la condición de la ciudad y la ciudadana.

Al mismo tiempo, Susana (su compañera de piso) elabora unos mapas de la ciudad, donde el espacio queda alterado, de manera similar a la disposición mental de ambas mujeres. También el modo de narrar – no resolutivo, errante y fragmentado – se hace eco de los planos distorsionados de Susana y de los recorridos sin rumbo de Elisa. Cuando Susana la invita a identificar los barrios de la ciudad en su mapa, Elisa se ve incapaz de reconocer Madrid, aunque sí sabe indicar cuáles son los barrios periféricos, situados fuera de la M-30. Estos últimos, según confiesa a su inquilina, le recuerdan sus paseos: “no porque yo tuviera una imagen clara de la ciudad, sino por el caos” (Navarro, 2014, pos. 1498-1499).

Si el caos es la metáfora que mejor define tanto la realidad urbana de los suburbios como la condición mental de Elisa, cabe preguntar por las razones de este estado de confusión y desorden generalizado. La exploración de la periferia proporciona una imagen desoladora del paisaje devastado y de la atomización de la ciudadanía que vive en las afueras. Esto, en palabras de Jordi Borja, solo es una *apariencia de ciudad*, que el capitalismo financiador de la urbanización puede crear, pero que no procura mantener. Como demuestra el caso de Elisa, el espacio público en las zonas privilegiadas (en este caso, en el centro) tiende a ser excluyente; en el resto, o bien se difunde la ideología del miedo, o bien son espacios pobres y monopolizados por colectivos específicos (Borja, 2019, p. 53).

En los comentarios de Elisa destaca la imagen de una ciudad en crisis, distorsionada por el urbanismo expansivo y el crecimiento incontrolado que impulsan las políti-

cas neoliberales, y después decadente tras la explosión de la burbuja inmobiliaria y la consiguiente crisis de la vivienda. Vagando por la ciudad, Elisa registra la realidad de las urbanizaciones fantasma, de los pisos a medio construir, de los negocios clausurados y de las “calles enteras de inmuebles vacíos”. También es testigo de diversas prácticas de apropiación indebida, curiosamente toleradas por la policía, como el hecho de que “de algunos pisos cuya construcción no estaba rematada salían cables hasta las farolas cercanas para robar luz” (Navarro, 2014, pos. 879-880).

Por otra parte, como señala en otro momento la narradora, los gitanos y las familias desahuciadas llevan décadas habitando casas vacías: “propiedades muertas coronando taludes al borde de las vías de los trenes o encajadas entre edificios nuevos”. Sus herederos “dejaban que las familias sin hogar vivieran en el inmueble a cambio de mantenerlo” (Navarro, 2014, pos. 1459-1461).

Además de las secuelas visibles de la crisis inmobiliaria y de los espacios de pobreza en la periferia, Elisa observa la destrucción y el peligroso deterioro del centro urbano: sus edificios más viejos “llevaban décadas con sus vigas de madera afectadas por las termitas [...], algunos se hundían considerablemente” (Navarro, 895-896). A Elisa le sorprende que, a pesar del fraude de las cooperativas y de las urbanizaciones a medio construir, hasta hace muy poco no haya habido protestas:

Los afectados esperaban educadamente a que llegara el juicio mientras vivían en casa de sus padres o de sus abuelas, y los que alicataban con sus propias manos las paredes del baño de la casa que se acababan de comprar posaban con resignación para los telediaristas” (Navarro, 2014, pos. 901-904).

A propósito de esta pasividad ciudadana, el filósofo José Antonio Marina (2012) acuñó el término de “síndrome de inmunodeficiencia social”, alegando que los ciudadanos, por falta de espíritu crítico y de la energía necesaria, han perdido la capacidad de combatir los casos delictivos en el mundo político y empresarial. “No nos escandalizamos ya por nada”, afirma el filósofo en un artículo publicado en el diario *El Mundo* (Marina, 2012). Entre las disfuncionalidades de la política urbana que los ciudadanos, por su conducta apática, no han sabido neutralizar, el arquitecto Pedro Górgolas (2019, p. 164) menciona, entre otros, el fomento del urbanismo neoliberal, la especulación del suelo y la incentivación del endeudamiento privado para aumentar artificialmente la demanda inmobiliaria, todos ellos factores desencadenantes de la crisis de la vivienda.

Así las cosas, las observaciones de Elisa apuntan al conjunto de derechos que integran el concepto sociológico del *derecho a la ciudad*. No obstante, debe tenerse en cuenta que en el contexto neoliberal, como ha señalado Jordi Borja, muchos derechos llamados “universales”, como el agua, la energía, la vivienda, el trabajo, la asistencia sanitaria, la educación, el transporte, etc., se han convertido en mercancías y el acceso a ellos depende de que uno disponga (o no) de recursos económicos. “Cuando la ciudad es mercancía, deja de ser ciudad”, sentencia el urbanista (Borja, 2019, p. 49-52). Tal

vez por este mismo motivo – de no percibir más la ciudad en la ciudad – Elvira Navarro, así como su narradora, Elisa, vuelven a las afueras. En su blog (titulado, por cierto, “Periferia”), la escritora revela el interés y hasta el cierto atractivo que le producen los suburbios. “A ratos creo – confiesa Elvira Navarro (2010) – que la periferia, esa descomposición de lo habitable, nos representa mejor, pues somos ciudadanos fracasados”.

En estas circunstancias, cualquier combate, individual o colectivo, del que habla José Antonio Marina, parece imposible. La economía política del capitalismo, centrada en la acumulación del capital (*acumulación por desposesión*, según la consigna de Harvey), más que organizar una comunidad, aísla y abstrae a los individuos del mundo exterior. Como afirma al respecto Jordi Borja, el capitalismo financiador de la urbanización, responsable de las crisis inmobiliarias y financieras, acentúa la segregación y la desigualdad sociales, llevando a la atomización de la ciudadanía y a su impotencia para organizar rebeliones esporádicas (Borja, 2019, p. 52).

A Susana y Elisa les resulta muy difícil emprender una acción combativa o incluso resistente. En las empresas que condenan a sus trabajadores a la precariedad (Elisa, por ejemplo, trabaja para una editorial que ha convertido a sus empleados en falsos autónomos), nadie articula una protesta. Los personajes de la novela están dominados por el desaliento y el sentimiento más destructivo de todos: el miedo. “Jamás me habría atrevido a decirles que ya no iba a trabajar para ellos” (Navarro, 2014, pos. 1276), confiesa Elisa. Cualquier posible gesto de rebeldía o de solidaridad se desvanece aquí tras la quiebra mental y afectiva que experimentan las protagonistas. Lo que sobresale como realidad existencial es la expresión del dolor (recordemos que, para Lefebvre y Harvey, la queja era una encarnación del *derecho a la ciudad*). Se acentúan los sentimientos de impotencia, angustia y desprotección.

La tarea social para conquistar y ejercer el *derecho a la ciudad* consiste, según Harvey (2013, p. 11), en entender los orígenes y la naturaleza de las quejas y las reivindicaciones de los ciudadanos. Pero el gran problema político es cómo se pueden autoorganizar y convertirse en una fuerza real grupos tan diversos. La solución la proporciona el filósofo José Antonio Marina: es “la repulsa social”. “El sistema inmunitario orgánico aísla el virus, para que no se expanda. Eso es lo que debe hacer la sociedad. El desprecio social, el aislamiento, el rechazo, son terapias contundentes” (Marina, 2012).

Las prácticas literarias de Cristina Morales, que vamos a ver a continuación, parecen desplazar el énfasis narrativo de la queja a la reivindicación de los derechos; y en primer lugar, encontramos el derecho a la libertad personal y el derecho a la vivienda.

### 3. RECONFIGURAR LA CIUDAD

No todo es abatimiento y no todo es resignación. Ya había observado David Harvey (2013, p. 37) que existen movimientos urbanos que tratan de superar el aislamiento y de reconfigurar la ciudad respondiendo a una imagen social diferente de la ofre-

cida por los poderes. En la sociedad existe, como puntualiza Jordi Borja, un arraigado sentimiento de ser ciudadano y la vocación de ser libre. Por ello, aparecen focos de resistencia, momentos fuertes de desobediencia civil, de ocupación de instituciones y se proponen alternativas que reivindican derechos legítimos, pero no reconocidos. El *derecho a la ciudad* – sigo a Jordi Borja – se conquista políticamente. La ciudadanía no se pide, se construye y se ejerce (Borja, 2019, p. 53-58).

*Lectura fácil* de Cristina Morales pone sobre la mesa el problema de las personas oprimidas por el Estado por no encajar con lo que el sistema considera normal o normalizado. No se trata solo de la discapacidad intelectual que padecen las cuatro protagonistas, sino de cualquier alteración en el modelo de vida burgués. Para Morales, las clases sociales acomodadas no solo son privilegiadas sino usurpadoras y merecen la calificación de fascista: “facha neoliberal” o “facha de izquierdas”, da igual, todo intento de regularizar o normalizar la situación de las personas que viven al margen de la sociedad (los discapacitados, los sin techo, los desahuciados, los desempleados, los hipersexuales, etc.) será considerado por las protagonistas como una “técnica fascista basada en el espíritu de superación” (Morales, 2018, pos. 2207).

La lucha por la libertad y el reconocimiento de los derechos se produce en la ciudad: una Barcelona afectada por la desigualdad, la precariedad, los desahucios y las okupaciones y donde, sin embargo, hay solidaridad ciudadana, donde los vecinos tienen el hábito de dejar comida, ropa, muebles o libros en buen estado al lado del contenedor, y no dentro, para que los necesitados no tengan que buscarlos en la basura. Según Nati, que suele coger ropa de la basura, esto es algo muy frecuente en Barcelona; algo que no ha visto en ningún otro lugar del mundo. Para ella, esta “generosidad anónima, incondicional, fácil y muda, sin intermediarios ni burocracia” es una cosa diferente a la caridad, el oenegeísmo y el pensionismo de Estado, instituciones que ella aborrece (Morales, 2018, pos. 863-865).

La Barcelona institucional, una ciudad que se considera “abierta, tolerante, moderna, culta, innovadora y organizada”<sup>3</sup>, colabora con el Estado y las fuerzas neoliberales para someter a los ciudadanos a un poder disciplinario y a la lógica del capital. En tales circunstancias, algunos vecinos tratan de poner resistencia y enfrentarse a las estructuras de dominación. Por un lado, tal como proclama Jordi Borja (2019, p. 54), se generan iniciativas que canalizan las energías ciudadanas en acciones contra el sistema (ateneos libertarios, asambleas anarquistas, el movimiento okupa y las campañas de la PAH); por otro lado, se producen pequeños actos subversivos, como robar en las tiendas, saltarse los tornos del metro o “combatir la fascista danza integrada haciendo danza desintegrada” (Morales, 2018, pos. 2525-2526).

La “lucha” significa tener que enfrentarse con los trabajadores sociales, los servicios municipales o, directamente, con la policía. “Nos identifican y nos encarcelan”,

---

<sup>3</sup> Según la encuesta municipal de valores sociales realizada en 2016. Véase: <https://www.20minutos.es/noticia/2902268/0/encuesta-municipal-valores-sociales-barcelona-progresista/>.

afirma un miembro de la asamblea anarquista llamado Oviedo, “por el mero hecho de parar un desahucio, por el mero hecho de insultar a los políticos. [...] Nos persiguen por todo, tíos, por todo lo que sea rebelarnos contra el modo de vida que nos han diseñado” (Morales, 2018, pos. 469-4699).

De las cuatro mujeres protagonistas, la más rebelde es Nati, antigua doctoranda en la universidad que, tras un accidente laboral, tiene que ingresar en una residencia para personas con discapacidad intelectual. Nati no soporta ningún tipo de control, y para rechazarlo, despliega una sorprendente habilidad retórica. Es un personaje que entiende su propio sometimiento y define su alienación como “la identificación de nuestros deseos e intereses con los deseos e intereses del poder” (Morales, 2018, pos. 210). En el espacio de la posible confrontación – que no se produce, puesto que una “justifica la obediencia debida” –, de nuevo la ciudad adquiere el papel protagonista. En clave irónica, Nati admite solidarizarse con los movimientos urbanos anticapitalistas y hasta creer que “hay que tomar las calles, que consideras tuyas” (Morales, 2018, pp. 221-225); pero, en realidad, ni siquiera logra recuperar el control de su propia vida.

Otra protagonista de la novela, Marga, debido a su sexualidad hiperactiva (considerada un trastorno) desea alcanzar, por encima de todo, una independencia que le permita tener relaciones sexuales con quien le dé la gana mientras el juzgado procede a la demanda de su esterilización forzosa (en manos de la Generalitat), Marga se vincula a un ateneo anarquista para okupar una vivienda y, de este modo, escapar del sistema. A través de este personaje, conocemos el mundo de las asambleas anarquistas, las acciones okupa, la actividad de la PAH, etc. Marga lucha por emanciparse de la sobreprotección del sistema asistencial, que ella percibe básicamente como una usurpación del poder sobre su cuerpo. En un contexto más amplio, el movimiento urbano al que Marga se une realiza una agenda de actividades que reivindican el derecho a la vivienda y, por extensión, a la ciudad.

Como bien sabemos, en España, tras la crisis económica del 2008, han surgido varios procesos y colectivos ciudadanos con la intención de promover una democracia más participativa, en contra de las políticas neoliberales. El momento de mayores turbulencias fue seguramente el mes de mayo de 2011, cuando con las concentraciones ciudadanas nació el Movimiento 15-M, llamado también *movimiento de los indignados*. Cualquiera que haya sido o sea la suerte posterior de este movimiento (incluido el «asalto institucional» de *Podemos*), según Amador Fernández-Savater, filósofo y activista del 15 M, lo que hay que poner en valor de este movimiento no es simplemente la indignación, sino el impulso a probar otra cosa:

Pasamos de criticar a los políticos en los bares a crear procesos colectivos en los que era posible vislumbrar que se puede vivir de otra manera, sin rendir tributo al dinero o a la autoridad cultural. Colaborando en lugar de competir, valorando lo cotidiano, lo afectivo, los cuidados mutuos, en lugar de la producción de «beneficio» o prestigio individual. Es muy importante esto. Hay que recordarlo y nombrarlo. Que no nos cuelguen la etique-

ta de «protesta» o «indignación» o «antipolítica». El 15M fue afirmativo y creador (cit. por Moreno-Caballud, 2017, p. 13).

De este mismo impulso afirmativo habla David Harvey (2013, p. 203) cuando recuerda que el *derecho a la ciudad* tiene que plantearse no como un derecho a lo que ya existe, sino como un derecho a reconstruir y recrear la ciudad, un derecho inalienable de adaptar la ciudad a los deseos más íntimos de sus habitantes.

Para que esto suceda, tienen que renovarse las formas de activismo con prácticas experimentales, tal como ocurrió en España. La Plataforma de Afectados por la Hipoteca, para ceñirnos a un ejemplo presente en la novela, nació en Barcelona en 2009 para exigir el derecho a una vivienda digna ante el drama de centenares de miles de ciudadanos que corrían el peligro de perder el lugar donde vivían.

De nuevo, sin tener en cuenta las críticas a la PAH y especialmente a su líder, Ada Colau, por su ascenso a la alcaldía de Barcelona (“no se puede estar a un tiempo en la institución y en la calle”), hay que reconocer que la PAH no solo ayudó a paralizar miles de desahucios, sino que logró realizar una “tarea de sensibilización y denuncia” sobre una problemática que afecta a buena parte de la población, pero que se mantenía incomprensiblemente silenciada (Colau, Alemany, 2012, p. 160 y ss).

No obstante, Cristina Morales, de acuerdo con su agenda contestataria, tratará la imagen progresista de Ada Colau y de la llamada *nueva política* burlándose de ellas. A través de la voz de Nati, en una jerga institucional, informa de que en una ciudad gobernada por una activista como Ada Colau, “las personas con diversidad funcional intelectual y/o del desarrollo tenemos derecho a una vida afectiva y sexual plena, saludable y satisfactoria” (Morales, 2018, pos. 1968-1970). Los hechos, sin embargo, demuestran todo lo contrario: Marga no consigue ejercer el derecho a disponer de su propio cuerpo y la expresión de desacuerdo por parte de sus parientes discapacitadas es reprimida con fuertes dosis de sedantes.

Los miembros del ateneo al que acude Marga entienden que lo que ella busca a través de la okupación es un espacio de libertad para una persona que “ha sufrido la represión muchas veces a lo largo de su vida en las residencias para discapacitados” (Morales, 2018, pos. 4668). Como acertadamente observa María Ayete Gil, en su estudio de *Lectura fácil*:

La discapacidad intelectual de las protagonistas y su desarrollo a lo largo de la novela funcionan a la perfección como arma arrojadiza con la que cargar contra la hipocresía de los discursos institucionales y políticos, tanto tradicionales como de la supuesta “nueva política”, sobre la libertad, la democracia, la igualdad, la solidaridad y la justicia (Ayete Gil, 2019, p. 626).

Así pues, la okupación del piso por parte de Marga es considerada como un acto de rebeldía contra su condición de oprimida. Es una “herramienta emancipadora” (Mo-

rales, 2018, pos. 2631) que recibe todo el apoyo del ateneo anarquista. Sus colegas activistas insisten en que la práctica de “okupar con «k» “es una tarea colectiva en la que cada una<sup>4</sup> aporta y arriesga según sus putas posibilidades y deseos” (Morales, 2018, pos. 2793-2794). La okupación, la reapropiación ciudadana de pisos vacíos, así como parar los desahucios son acciones de desobediencia civil que los activistas urbanos consideran un derecho en sí mismas: “desobedecer de forma activa leyes que se consideran injustas no solo es un derecho, sino también un deber de la población” leemos en *Vidas hipotecadas* de Colau y Alemany (2012, p. 124).

Ante un escenario de crisis generalizada, la ciudadanía ha reaccionado primero con ira e indignación para, después, diseñar nuevas estrategias de actuación; y, más importante aún, nuevas formas de distribución de valor o, como hubiera querido Jacques Rancière, nuevas relaciones entre las palabras y las cosas, “haciendo visible aquello que era invisible” (Rancière, 2007, p. 12). En una cultura colaborativa, que une a los activistas urbanos con los desfavorecidos y los discapacitados, privados de sus derechos y libertades por parte de – vamos a mantener la lógica del texto – fascistas, machos neoliberales y capitalistas de todos los colores, es posible una subversión que se traduce en la ilusión de una vida mejor.

Las protagonistas de *Lectura fácil* se aferran a esta ilusión liberadora y, aunque en última instancia fracasan, consiguen desestabilizar los significados y las estructuras que se consideran injustas y opresoras. Frente al horizonte alienador, el desvalimiento y la crisis nerviosa patentes en *La trabajadora* (2014), Cristina Morales, en *Lectura fácil* (2018), presenta el espacio urbano como un campo de batalla que lleva a la concienciación y a la politización de la experiencia de la crisis.

Desde luego, el arte no es reducible a ningún tipo de programa político o proyecto colectivo. Néstor García Canclini advierte del peligro de atribuir a los textos un potencial político capaz de movilizar decisiones transformadoras: “No hay pasaje mecánico de la visión del espectáculo a la comprensión de la sociedad y de allí a políticas de cambio”, dice el académico argentino (García Canclini, 2013, p. 17). Por otro lado – sigo a Canclini –, y manifiestamente, el arte se está convirtiendo en laboratorio intelectual de las ciencias sociales y las acciones de resistencia.

Tal vez merezca la pena reconocer la posición de Jacques Rancière (con quien Canclini discute): los textos literarios que ambicionan reconfigurar el orden de lo que es visible, que remodelan las identidades y los espacios, responden al afán transformador, propio de la política. Ambas novelas analizadas alcanzan este objetivo de desvelar (visibilizar) las dinámicas sociales escondidas y cuestionar sus premisas. Al establecer “nuevas relaciones entre las palabras y las cosas” en el ámbito de lo social y lo urbano – persona/ciudad, precariedad/locura, asistencialismo/opresión – intervienen en la *división de lo sensible* (Rancière, 2000) que define el mundo que habitamos.

---

<sup>4</sup> Fíjese en la forma femenina del pronombre, utilizada en el ateneo alternativamente con la masculina, para no excluir a nadie.

En un contexto directamente reformador, la narrativa de Navarro y Morales aporta una gran carga de denuncia contra el poder neoliberal y la ciudad capitalista, generadores de exclusiones y desigualdades. Las reivindicaciones de las escritoras coinciden con la propuesta política del “derecho a la ciudad”, que reclama la posibilidad de vivir en la ciudad dignamente, observando una distribución equitativa de los recursos y una atención a las diversas sensibilidades.

## BIBLIOGRAFÍA

- Ayete Gil, M. (2019). Forma e ideología. Mecanismos de integración y de sumisión en *Lectura fácil*, de Cristina Morales. *Kamchatka: revista de análisis cultural*, 14, 625-639.
- Bauman, Z., Bordoní, C. (2016 [2014]). *Estado de crisis*. Barcelona: Espasa.
- Borja, J. (2019). Ciudadanía, derecho a la ciudad y clases sociales. O la Democracia versus el Derecho. In F. Carrión Mena & M. Dammert-Guardia (eds.), *Derecho a la ciudad. Una evocación de las transformaciones urbanas en América Latina* (pp. 25-60). Lima: CLACSO, Flacso – Ecuador, IFEA.
- Colau, A. y A. Alemany (2012). *Vidas hipotecadas. De la burbuja inmobiliaria al derecho a la vivienda*. Barcelona: Cuadrilátero de Libros.
- García Canclini, N. (2013). ¿De qué hablamos cuando hablamos de resistencia? *Revista de la Escuela de Arquitectura de la Universidad de Costa Rica*, 3, 1-23.
- Górgolas, P. (2019). La burbuja inmobiliaria de la “década prodigiosa” en España (1997-2007): políticas neoliberales, consecuencias territoriales e inmunodeficiencia social. Reflexiones para evitar su reproducción. *Eure*, 136, 163-182.
- Harvey, D. (2013 [2012]). *Ciudades rebeldes, Del derecho de la ciudad a la revolución urbana*. Madrid: Akal.
- Lefebvre, H. (1968). *Le droit à la ville*. París: Anthropos.
- Marina, J. A. (2012). Síndrome de Inmunodeficiencia Social. *El Mundo* 25.03.2012. Recuperado de: <http://www.joseantonioamarina.net/articulo/sindrome-de-inmunodeficiencia-social> [consulta: 05.02.2021].
- Morales, C. (2018). *Lectura fácil*. Madrid: Anagrama. Versión e-book.
- Moreno-Caballud, L. (2017). Experimentaciones de igualdad: del 15M al «asalto institucional». Entrevista con Amador Fernández-Savater. In L. Moreno-Caballud, *Culturas de cualquiera: estudios sobre democratización cultural en la crisis del neoliberalismo español* (pp. 7-22). Madrid: Ediciones Acuarela y Machado Grupo de Distribución, S.L.
- Navarro, E. (2010). (Mi) Escritura y ciudad. En *Perferia* [blog]. Recuperado de: <http://madriderperiferia.blogspot.com/2010/11/mi-escritura-y-ciudad.html> [consulta: 25.12.2021].
- Navarro, E. (2014). *La trabajadora*. Barcelona: Random House. Versión e-book.
- Rancière, J. (2000). *Le partage du sensible. Esthétique et politique*. París: La Fabrique.
- Rancière, J. (2007). *Politique de la littérature*. París: Editions Galilée.